

Los Contemporáneos



LA CASA DE LOS ESPANTOS

MISTERIO PROFANO

por

Luis Antón del Olmet

15 Cts.



Bajo esta losa fría
yace la bella Aurora. Su locura
fué al saber que otra bella usado había
crema, jabón y polvos PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;
Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,
3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco
Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20
pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Ad-
mirable, Matinal, Chipre, Rocío Flor, Rosa,
Vértigo. Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.
Jabón, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50. 6,50 y 20
pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-
lo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Cartés Hermanos. — (Sarriá). — Barcelona.

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS. GUANTES
GENÉROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA
12, CAPELLANES, 12
PRECIO FIJO

Obras últimamente

:-: publicadas :-:

DE

AUGUSTO MARTINEZ

— OLMEDILLA —

RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts.

TEATRO DE MARIONETAS, 3,50 pts.

EL MAL MENOR, novela, 4 pts.

De venta en las prin-
cipales librerías.

La dirección advierte a
los colaboradores es-
pontáneos que no se de-
vuelven los originales
ni se mantiene corres-
pondencia sobre ellos.

MONTANO

Además de los planos de esta acreditada fabricación,
participa al público haber recibido nuevos de Rö-
nisch, de Alemania, y otras marcas extranjeras en
autoplanos.

Calle de San Bernardino, núm. 8, Madrid.

LA CASA DE LOS ESPANTOS

MISTERIO PROFANO

PROLOGO

(El teatro quedará en una penumbra que apenas deje adivinar el escenario. Se alzará el telón. Se verá el reflejo de la chimenea, que estará a la derecha, encendida. Una voz misteriosa comenzará a hablar desde bastidores, muy lejana, como si fuese voz de ensueño, de quimera y de profecía.)

LA VOZ.—No es la obra que vais a juzgar, damas y señores, una jácara burlesca, ni una trivial comedia de costumbres, ni un drama. Es una especie de auto sacramental, a la vieja usanza, de Timoneda y Calderón, pero vestido con indumento y lenguaje de ahora. Mejor le llamaríamos misterio profano. Tiene de auto sacramental su idea religiosa, su emoción ultraterrena, y como no puede ser representado en el atrio de la catedral, se acoge al teatro, y al teatro frívolo, mundano y alegre, acude como una

plegaria entre farandulera y devota.

No anima a esta farsa, como es lógico, dada nuestra edad vocinglera, un sencillo candor fervoroso, ni es ésta una pintura votiva. Fruto del siglo, este misterio no lleva cilicio ni tonsura, ni exhala olor de santidades angélicas. Presenta, como llamada espiritual en mitad de la incredulidad ambiente, un hecho trágico, pero confortador, que nos revela el existir de un más allá, que nos descubre cómo nuestros espíritus sobreviven a la muerte.

Cuanto vais a contemplar representado no es obra de la fantasía. Su autor nada puso en este exvoto, como no fuera llegar hasta el muro de la iglesia, y colgarlo allí tímidamente. Los espantos, las adivinaciones que presenciéis acontecieron en el mundo tal como aquí se relatan. Testimonio de su veracidad dieron hombres que

todavía son jóvenes y mujeres que aún son medio niñas.

Los que algún día vislumbrasteis lo sobrenatural, los que teméis, con fraterno y humano temor, el día de nuestro término, los religiosos, o los supersticiosos, los creyentes en un orbe de vida ultrahumana, ved este rasgón luminoso por donde el enigma parece esclarecer. Y los que seáis materialistas y fiéis a la ciencia fría, escasa y triste, el enigma de nuestro existir, oid también... Que acaso, médicos, filósofos, os interese conocer, para analizarlo y clasificarlo, si podéis, el enigma de este raro sucedido.

Damas y caballeros, ante vosotros, un pobre prosador de este siglo, escandaloso y descreído, llama a las puertas del misterio y os ofrece con voces y ropajes de ahora un viejo misterio profano. Perdonad al escritor. Ved sólo en él a un hombre, como vosotros, peregrino y errabundo, que ante un hecho sin explicación os dice:

—Hermano: ¿acaba nuestra vida en la muerte? ¿Existe otra vida? ¿Hay todo un orbe espiritual que no presentimos siquiera, y del que, ante sucesos como el que vamos a presenciar, nos llega su atisbo? ¿Podemos, hermanos, estrechar nuestras manos de alegría, y juntar nuestras lágrimas gozosas, ante la esperanza? ¿Somos algo más que un ser llamado a nacer, a luchar, a morir? ¿Llevamos en nosotros una esencia que fué y que será? Si es así, hermano, cae entre mis brazos, que se tienden hacia ti. No somos carne, enfermedad, dolor, reos de muerte, sino llama luminosa

que viene de lo eterno y que marcha hacia el infinito.

Vamos por un camino que no conduce al abismo del silencio, sino que nos lleva a la aurora. No es la noche siniestra quien acecha nuestros pasos vacilantes, sino el día triunfal. Hermano, ¡alégrate!, ¡que tu corazón palpita de bienestar y que tu alma se colme de ilusión!

ESCENA PRIMERA

DOROTEA y MIGUEL UCEDA

(Enciéndense las luces del escenario. Al foro, una puerta vidriera, antigua, que da acceso al jardín. A la izquierda, una puerta que se supone comunica con el vestíbulo. A la derecha, otra puerta más pequeña que conduce al interior de la casa. Chimenea de leña encendida en el mismo testero de esta puerta y hacia el rincón. En el ángulo de la izquierda, un banco antiguo, no muy grande, con tibor japonés, y sobre el banco, colgado de la pared, el retrato de un caballero quintañón, de faz avellanada y rizada gorguera. En el testero de la derecha, gran panoplia con armas antiguas y puñales. Por las paredes correrán anaquelerías llenas de rancios libros. En el centro de la estancia, una mesa y sillones de cuero. Una gran lámpara, cubierta de polvo, penderá del techo, envigado. La habitación aparecerá desierta al comenzar el acto. En el ventanal muere el día. Habrá un instante de silencio.)

DOROTEA *(Desde dentro y con voz estentórea y asustada.)*—Señor, señor, socorro! *(Pausa, y a gritos más agu-*

dos y exaltados.) ¡Ay! ¡Socorro! ¡Señor!

UCEDA (*Entra violentamente desde el jardín, abriendo con estrépito la vidriera, y corre, intimidado, hacia la puerta de la derecha. En ella tropieza a Dorotea, que viene huyendo, lívida, reflejando en su rostro un gran terror. Al verla, la coge por la cintura y la lleva hasta una butaca, sentándola. Luego ríe.*)—¿Otro espanto? Pero ¿no ves que es ridículo, mi vieja y pobre Dorotea, mi ama asustadiza y supersticiosa? ¿Quién fué ahora? ¿El gato negro de mirar fosforescente? ¿La comadreja burlona que husmea en tus ollas y que te roba el tocino? ¿El duendecillo de todas las noches, ese picarón, ese ladronzuelo sutil?

DOROTEA (*Agitada y mirando hacia la puerta.*)—No, señorito Miguel. No se ría, por Dios. ¡Vámonos fuera! ¿Por qué vivimos en esta casa que nadie quiere habitar y que está condenada? (*Temblando de nuevo.*) Yo no duermo aquí otra noche, señorito Miguel. Me va a matar el miedo.

UCEDA (*Acariciándola.*)—¡Boba!

DOROTEA.—¿Boba? ¿Es sólo a mí a quien le ocurren cosas tan raras? Cuatro días hace que vinimos, por un capricho de usted, a este pueblo, y a este caserón. Y nos tienen a usted, a don Rosendo y a mí por locos. Somos los que viven en la casa de los espantos. Somos los herejes, o los diablos en persona. Ya ve usted. Nadie quiso venir a servirnos. Ni una mala criada he podido encontrar. Ni jardinero.

UCEDA (*Compasivo.*) — Sí, ya veo, pobrecilla, que tú, que eres como una

madre, que fuiste mi ama, y que me quieres como a un hijo, sufres y trabajas más de lo que puedes. Ya está la viejecica para pocos disgustos. Pronto volveremos a Madrid. Pronto. Quizás mañana mismo. En cuanto hayamos convencido a esta caterva de palurdos y de bobos de que aquí, en esta casa mía de los espantos, que heredé de mis padres y de mis abuelos, no hay más diablos que los gatos ladrones que se entran por las gateras, ni más ruidos misteriosos que el chirriar de las polillas, ni más sombras que las sombras tristes de estos muebles viejos. Cuando se convengan, venderé la casa por lo que me quieran dar, y volveremos a Madrid. (*Sonriéndose.*) Y allí, Dorotea, a tu vida regalona. (*Pausa y versátil.*) Pero aún no me has contado. ¡Ea! ¿Fué el gato negro, la comadreja, el duendecillo?

DOROTEA.—Fué... Pero ¡si usted se va a reír! ¡Si usted no quiere creerme! (*Pausa.*) Don Rosendo es otra cosa. Me hace caso. Me oye.

UCEDA.—Sí. También don Rosendo va a perder la chaveta con estas majaderías de los ruidos y de las voces misteriosas. ¿Dónde anda el insigne historiador, bibliotecario y portentoso erudito?

DOROTEA.—Arriba está. Con sus libracos. Por cierto que a don Rosendo tampoco le faltan ganas de marcharse... Sólo él y yo, que le queremos a usted tanto, seríamos capaces de sufrir este suplicio. ¡Cuatro noches! ¡Cinco con la de hoy, María Santísima! ¡Cinco noches sin dormir ni un minuto, atisbando desde la cama, en

acecho. (*Volviendo al terror.*) Anoche, señorito Miguel, sentí que me tiraban de...

UCEDA (*Soltando una carcajada.*)—¿De la manta? Es ironista el duendecillo. ¡Granuja! ¡Entretenerse en desvelar a mi Dorotea y en hacerle pillar un catarro! Si es a mí, lo trinco de las barbas—porque tendrá barbas—y lo zambullo en el jarro. Ya ves cómo no se atreven conmigo los endriagos. ¡Querría que se me apareciese alguno!

DOROTEA (*Santiguándose.*)—¡Jesús!

UCEDA.—Le diría: ¡Hola, señor endriago! Qué chiquito es usted: ¿Cómo le dejan andar solo por el mundo? ¿No le tiene usted miedo a ese caserón? Y ahora, en confianza, ¿tan holgados están ustedes de tiempo que lo pueden disipar dándole sustos a mi pobre Dorotea?

DOROTEA.—No los nombre, por Dios. Pueden volver.

UCEDA.—¡Qué vuelvan! (*Paseándose, retador por la estancia y chillando.*) Si es lo que deseo. ¡Ea, demonios, brujas, espectros, aquí estoy! No creo en vosotros. Me río de vosotros. Soy un cínico materialista. Vamos. ¿A qué esperáis?

DOROTEA.—¡Por Dios, señorito Miguel!

UCEDA.—Si es para convencerte del absurdo en que vives. Si es que me das pena, y deseo salvarte. Vamos. dime qué te pasó.

DOROTEA (*Horrorizada otra vez.*)—Yo estaba ahí, en la cocina, preparando la cena. De pronto sentí miedo, un miedo terrible, sin razón. Se me erizó la piel. Quise llamar, y no

pude; quise correr, y no pude tampoco. Por fin hice un esfuerzo, y corrí hacia aquí, pasillo adelante.

UCEDA.—¿Y qué? Ya lo dices tú. Miedo absurdo, nervios dislocados. ¿Y qué?

DOROTEA (*Mirando con estupor hacia la puerta.*)—Cuando venía corriendo, me agarró alguien de las faldas.

UCEDA.—¿Se habrá enamorado de ti algún diablillo?

DOROTEA.—Me agarraron de las faldas, y me contenían, y no me dejaban andar. Fué aquí mismo, cerca de la puerta.

UCEDA.—Algún... Nada. Probablemente un clave vulgar e inoportuno que te dió el gran susto. Vamos a salir de dudas. (*Va hacia la puerta y mira.*) Ahí voy yo, diablejo. Veremos si te atreves a estropearme la ropa. Si eres capaz, te mando la cuenta del sastre, y tienes que pedir limosna. (*Pausa.*) Voy a ver, voy a ver. (*Desaparece un instante y regresa preocupado.*) En efecto, no hay nada. ¿Dónde ha podido tu miedo engancharte la falda? ¿Sabes que esta aventura de la casita embrujada me está resultando a mí también muy poco graciosa? (*Reaccionando.*) Pero yo tengo mis nervios de buen temple. Ahora verás. (*Cierra los puños y se pone cómicamente desafiador.*)

DOROTEA.—¿Qué va usted a hacer?

UCEDA.—Una batida de espectros. Descomunal batalla con los andriagos. (*Va hacia el tabor.*) ¡Ya sé que estás ahí, escondido en ese tabor japonés. Me temes, ¿no? Me temes, como le temes a don Pascual, el sacerdote. Mira como no sales cuando don

Pascual llega. A él, porque te haría la señal de la cruz y porque sus manos están ungidas. Y a mí, porque soy frío como la ciencia, porque me aco- rraza un escepticismo, contra el cual fracasas. ¡Ea, sal, si te atreves! ¿Que no sales? Entonces te sacaré yo del escondrijo. (*Destapa el tabor y mira dentro. ¿Huiste? Entonces (Yendo hacia la anaquelera de la derecha.)* te has refugiado entre esos mamotretos. Siempre os gustaron el polvo, la ro- ña, lo vetusto. ¿Por qué no os apa- recéis nunca en mitad de las vidas rientes, en los festines y en los bai- les? Tenéis bastante mal gusto, seño- ras brujas. Sabed que existen lindos teatros, palacios confortables. ¡Siem- pre sucias y engarabitadas, cabalgan- do sobre los duros palos de escoba! ¿Estáis ahí? (*Entra don Rosendo por la derecha, llevando en la mano un gran libro.*)

ESCENA II

DOROTEA, UCEDA y DON ROSENDO

ROSENDO (*Entrando, a Dorotea.*)—
¿También se ha vuelto loco éste?
¿Con quién habla?

UCEDA.—Con las brujas. Un endria- go acaba de asustarme a Dorotea, y quiero vengarla.

ROSENDO.—Mira, mozo, no te chañ- cees de estas cosas tan serias. (*Pau- sa.*) Me parece que tengo un indicio.

UCEDA.—¿De quién? ¿De mi endria- go? Démelo en seguida.

ROSENDO.—De esta casa, de sus es- pantos, de su historia. Mira aquel ca- ballero. (*Señalando al hidalgo cuyo*

retrato aparece encima del banco an- tigo.)

UCEDA.—Sí. Bastante inquietador.
¿Qué le ocurre?

ROSENDO.—Se llamó don Juan Dá- vila.

UCEDA (*Saludando a la efigie.*)—
Muy señor mío. ¿Pariente?

ROSENDO.—No. Con tus estudios de filosofía y de mecánica, medio inge- niero y medio loco, desconoces la historia y tienes para la genealogía un gesto esquivo. (*Sentándose y adop- tando un aire serio.*) Yo, que fui se- cretario de tu padre, que conocí a tu abuelo y que sigo fiel a los Uceda...

UCEDA. — Un discurso genealógico, no. Les teme Dorotea más que a los duendes.

ROSENDO (*Levantándose para dejar su libro sobre la mesa central.*)—¡ Si no te interesara lo más interesante que habrías oído en tu vida...!

UCEDA (*Tocándole con mimo en el hombro.*)—¡ Don Rosendo, si es pre- ciso (*Se sienta.*), estoy dispuesto a estarle a usted oyendo hasta que lle- gue Castillo, que ya tarda, por cier- to, el faltón.

ROSENDO.—Pero, al fin, ¿vas a caer en sus redes?

UCEDA.—Sí. Vendrá en el tren de las siete. Con esos. Me ha telegra- fiado.

ROSENDO.—¡ Bonito se va a poner don Pascual cuando acuda a jugar su tresillo y a platicar conmigo sobre teo- logía! ¡ Y eso que no es ningún in- quisidor, sino un cura demasiado in- dulgente! Esta casa, que ya tiene su leyenda, ¡y qué leyenda!, templo de brujerías, además. Muy bonito. Apelar

a la superstición, cuando la historia, que no engaña... (*Volviendo a su tema.*) Yo tengo un indicio seguro.

UCEDA (*Adoptando un acento ironista.*)—¿Y qué? A la verdad puede llegarse por diferentes caminos. ¿Que esta casa tiene una leyenda? Usted, con los libros y la sabiduría, puede llegar a descubrirla. Y bien. ¿Por qué una vidente no puede decirnos también algo?

DOROTEA.—¿Una vidente ¿Qué es eso?

UCEDA.—Monsergas, hija. Como tus endriagos. (*A don Rosendo.*) Supongo que no creerá usted que yo tomo en serio ni a la vidente ni al propio Castillo. ¡Pero ya sabe usted lo pesado que es! Se metió en el espiritismo y en la teosofía, y cree en la cartomancia y en todas las brujerías y gitanerías más locas. Cuando le dije que veníamos aquí, se puso muy alegre y me ofreció que vendría con Esperanza, una vidente maravillosa, según él, y con el Caballero Aquiles, su sugestionador, su dueño, al que me figuro el bribón más redomado del mundo.

ROSENDO. — Pues esto es tomar a broma la casa y hacer mofa de tus apellidos y de tus antepasados. ¡Una vidente! Cosa de circo y de plazuela.

UCEDA.—Tal creo. Pero yo soy un hombre asilo. Jamás cierro mi espíritu a nada. Materialista, todo me dice que la vida acaba aquí, y que eso a lo que llamamos alma, no es sino una reacción química perfecta. Pero, ¿acaso la ciencia llegó a lo absoluto? Ya se yo que Antonio Castillo, mi pobre amigo de la niñez, es un iluso.

Cree en los veladores que mueven sus tres patas, en la reencarnación de los espíritus. Dice que habló con su difunta madre, y en la mesa le pone una flor todos los días. (*Pausa.*) ¿Quién sabe? ¿Por qué negarse a esta especulación que me propuso? Acusaría miedo en mí. O rudeza. Por lo demás, ¿qué perdemos? Yo vine aquí para convencerme y convencer a la gente de que esta casa no es sino un vetusto caserón ruinoso, para ver si consigo venderlo y para aburrirme en definitiva con la tristeza del pueblo y la fealdad de la mansión. Tres personas originales y estupendas, como esos, poblarán el palazón de humanidad, y, al menos, nos harán reír. Y con esto no creo, don Rosendo, que desdore mi apellido, ni que usted, ni su ciencia, ni ese libro, ni aquel retrato, padezcan en nada. (*Acariciando el librote que don Rosendo ha colocado sobre la mesa.*) Y ahora, antes de que llegue la superchería, oigamos al historiador.

ROSENDO (*Afirmándose las gafas y sonriendo con placer.*)—Me parece que dí con la clave.

UCEDA.—Usted cree también que esta casa tiene clave, que encierra un misterio. Y no es probable que sí, que sea verdad. Toda leyenda encubre siempre... Claro que ni hay brujas ni espectros. Pero algo anormal encierra. Y es mi capricho también descubrir la verdad. Una verdad probablemente ramplona, tontísima. Maderas que se apolillan en sollozos, algún bicharraco escondido...

ROSENDO.—No tan ramplona. Que aquí suceden cosas raras... Mira, no

es que yo asegure, como Dorotea, haber visto al demonio; pero anoche... Debían ser los nervios. Anoche—ríete, estremécete de hilaridad—he oído sonar el violín roto y viejo que tenemos en el camaranchón.

DOROTEA.—¿Es posible?

UCEDA.—¿Cómo posible? Cuando don Rosendo, tan serio, lo asegura... No suponía yo violinistas a los trasgos. En realidad son chicos muy listos y de complejas aptitudes.

ROSENDO.—No es que yo asegure nada. Empecé por afirmar que tengo los nervios descompuestos desde que llegamos a esta casa. Lo que dije es que oí sonar el violín. Yo estaba acostado. Al principio creí (*Señalando hacia la vidriera.*) si habría más allá del jardín algún mendigo. Pero era dentro de casa y en el camaranchón. Alguien tocaba una rara y breve música, un sonsonete. Me levanté y con bastante miedo subí a la guardilla. Nada. El violín estaba en su sitio, el arco, polvoriento, colgaba de un clavo. Me volví a la cama, y me tapé hasta los ojos para no escuchar de nuevo.

DOROTEA.—Yo no he oído nada.

UCEDA.—Pero lo oirás. Descuida. Vais a volveros locos.

ROSENDO.—Te digo, Miguel Uceda, que aquí hay algo. Y ese algo, que forjó la leyenda, y que sólo Dios conoce, y que es insensato pretendas descubrir por otros caminos que no sean el de la religión o el de la historia, debe tener relación directa con la anécdota que este libro acaba de revelarme. (*Alzando la voz.*) Aquí se cometió hace siglos, cuando no eran

los Ucedas, sino los Dávila, dueños de la mansión, un crimen, un horrendo crimen.

UCEDA (*Curioseando el libraco.*)—¿Folletines?

ROSENDO.—Arriba estaba. En la antigua biblioteca. Preocupado ando...

UCEDA.—¿Por el violín?

ROSENDO.—Me dí a registrar entre aquellos legajos amontonados en el desván. El tejuelo de este libro me atrajo. Alguién pareció llevarme hacia él. Lo abrí. No es una obra impresa. Está escrito a mano, con letra perfilada y antigua y en viejo papel ya amarillo. Se hallan rotas las primeras páginas. (*Abriéndolo.*) Mira. Y no puede adivinarse quién lo escribiera. Por el estilo parece del siglo XVII. Es un legajo de escrituras notariales. Las acompañan una especie de Memorias, memorias a las que era tan acostumbrada la gente de ayer, y que tan útiles han sido para los historiadores. Esos hombres que escribían anales, eran los precursores del periodismo, son los periodistas de antaño.

UCEDA.—¿Y qué crimen relata ese anónimo folletinista?

ROSENDO.—¿Quieres que te lo lea?

UCEDA.—No. En síntesis.

ROSENDO.—Es breve de relatar. Esta casa perteneció, durante el siglo XVII, a la familia de los Dávila. Uno de ellos—a juzgar por el relato que el cronista nos hace, debe ser ese (*Señalando al viejo caballero.*) que aun se conserva ahí—, era casado. Hombre dado al juego y a los amoríos, pronto dió al traste con su fortuna. Y para reponerla fuese a

Indias. Dos años estuvo ausente. Al volver...

DOROTEA.—¿Qué?...

ROSENDO.—Esto es lo lamentable. Parece haberse complacido el azar en destruir ese viejo testimonio en sus momentos más interesantes. Lo evidente es que ese D. Juan Dávila mató, asesinó. (*Uceda y Dorotea miran al retrato.*) ¿Por qué mató? ¿A quién mató? Dice el cronista que don Juan Dávila derramó sangre humana, aquí, en esta mansión misma, y no en otra, pues la describe, y da de ella señas precisas. Dice que el palacio señorial estaba en la calle de Moros, frente al convento de las Mercedarias, y que tenía un escudo bastardo sobre el dintel. No dá más detalles. Pero la historia parece ser auténtica. En este palacio ese hombre...

UCEDA.—Sí. Es verosímil. Es la misma casa, en efecto. Pero ¿y qué? ¿Que en esta casa se perpetró un crimen? ¿En cuántas casas viejas no habrá ocurrido lo propio! Durante aquella edad la vida se tenía en escaso aprecio, y por honor, por venganza, se asesinaban unos a otros los caballeros con frecuencia casi habitual. No hay rincón de Toledo que no recuerde un desafío. Este poblacho mismo, ¿qué no sabrá de agonías espantosas? Aunque esa historia sea auténtica, y lo será probablemente, ¿qué importa? Ni tu violín, ni las manos que sujetan a Dorotea cuando huye, son otra cosa, a mi entender, que nervios crispados. ¿Suponéis acaso que el alma de aquel ser ignoto, a quien asesinó ese hidalgo de mal agüero, anda por aquí, se escabulle entre nos-

otros, nos oye, se arrima, gesticula? ¿Para qué había de hacerlo, además?

DOROTEA (*Alzándose asustada.*) —

¿Escuchan ustedes?

ROSENDO.—¿Qué?

DOROTEA.—Oigo sollozar.

UCEDA (*Yendo hacia el jardín y cerrando la puerta fuertemente.*) — Es otoño. Las hojas caen. No os asustéis por vuestra vida. Acabaréis por contagiarme. (*Se oyen pasos hacia la izquierda.*)

DOROTEA.—¿Pisadas! ¿Oyen ustedes pisadas?

ROSENDO.—Sí. Pisadas. (*Entra don Pascual.*)

ESCENA III

TODOS Y DON PASCUAL.

PASCUAL.—Encontré abierto el patio y entré.

UCEDA.—Siempre lo está. ¿Para qué encerrarnos? El duende seguro nos libra del ladrón posible. No hay ladrón que se atreva a penetrar en esta casa.

PASCUAL.—Parecían ustedes preocupados. ¿Qué les ocurre?

UCEDA.—Que estos locos me están volviendo a mí tan demente como ellos. Creímos que era usted el espectro del asesinado.

PASCUAL.—¿El asesinado?

UCEDA.—Sí. Ya descubrió don Rosendo la causa de estas rarezas que aquí ocurren. Ese monstruo (*Señalando el retrato.*) no tuvo otra cosa, al volver de América, sino realizar un misterioso crimen que el cronista nos deja en la penumbra. Eso acaba de

descubrir don Rosendo en aquel fatídico libraco.

PASCUAL (*Sentándose.*)—Algo oí de eso. Es probable que aquí ocurriera algo espantoso.

UCEDA.—Sin duda el ánima del muerto se entretiene en dar sustos. Como si las almas no tuvieran otra cosa en que emplear sus ocios.

PASCUAL.—Quimeras. Las almas son inmortales, eso sí; pero no vienen a la tierra sino en escasas ocasiones. Entonces es cuando el milagro se produce.

UCEDA.—El respeto que usted me inspira evita una sonrisilla mía, tenue.

PASCUAL.—Sonríase cuanto guste. Yo no soy un cura intransigente. ¡Ca!, ni lo somos ya los sacerdotes. No debemos serlo. El Vaticano evoluciona y se adapta. Y se adapta sin falsear el Evangelio. ¿No ve usted que toda la verdad humana, que todo el progreso, que todo el ideario de los hombres está en el Evangelio, íntegro? Los filósofos más radicales, los políticos más extremistas, ¿qué hacen sino repetir lo que Cristo, Dios, dijo cuando vino entre los hombres? Puede usted sonreírse, amigo Uceda. Se lo autorizo y hasta casi se la agradezco.

UCEDA.—Me ha cortado usted la sonrisa con esas palabras tan veraces. Porque eso sí. Cristo, que para mí es el genio mayor y más luminoso que tuvo el orbe, se anticipó a todos estos. Si yo creyese en la inmortalidad, en el Cielo, en el infierno, en otra vida, diría que Cristo es Dios.

PASCUAL.—¡Genio! ¿Qué es un genio? Un genio no es otra cosa sino

un alma elegida. Vea usted al hombre genial ya muerto. Nada. Su espíritu, sí. Esa luz que puso Dios en el mundo, tal vez hilo conductor entre la divinidad y nuestra materia.

UCEDA.—Habla usted como Antonio Castillo. En el fondo los espiritistas y los curas se parecen ustedes bastante.

PASCUAL.—¿Antonio Castillo?

UCEDA.—¿No lo recuerda usted? Estuvo con nosotros aquí, el año pasado, cuando vinimos de caza, y nos alojamos, gracias a Dios, en la fonda. Discutieron ustedes.

PASCUAL.—Sí. Ya recuerdo. Es un muchacho simpático. Busca a Dios, pero va por un camino de extravío. ¡Nos habló de unas cosas tan extrañas!... Quería hacerme dialogar con un velador.

UCEDA.—Pues de esta no se escapa usted. Lo estamos esperando. Y vamos a tener cine. Viene con Esperanza, la vidente, y el Caballero Aquiles, sugestionador sin rival, primer premio, primera medalla, primer sinvergüenza. Vienen a averiguar lo que don Rosendo y su cronista dejan entrever.

PASCUAL.—¡Qué locura! ¡Adivinar el misterio de esta casa!... Sólo un acto de revelación, un milagro peregrino... ¡Qué locura!

ROSENDO.—Entonces, don Pascual, al decir que sólo un milagro podría revelarlo, es que usted cree también que en esta casa hay un secreto. Celebro coincidir.

UCEDA.—¿Usted cree, don Pascual? ¿Usted cree en esos absurdos tan infantiles?

PASCUAL.—Yo no creo en brujerías. Pero creo en muchas posibilidades de ultratumba. Lo que me parece mal, hasta pecaminoso, es excitarlas, conjurarlas. Seguro de la gran verdad evangélica, y sumiso, paso por la vida esperando. Si la revelación no acude a mí, es pues que el Señor no quiso elegirme.

UCEDA.—Pues esa gente se atreve a asomarse al misterio, y lo interpela. Antonio Castillo está seguro de averiguar hoy, escuetamente, concretamente, el secreto de esta casa. Para eso traerá a la vidente.

PASCUAL.—¿Y usted?...

UCEDA.—¿Yo? Ahora sí que sonrío, porque en usted hay fe, una fe que no coparticipo aunque respeto, y en ellos sólo existe superstición, cuando no añagaza. De todos modos, vengán en buena hora. Al menos, ¿quién le priva del espectáculo? Debería usted quedarse.

PASCUAL.—No. (*Levantándose.*) Me voy. No me opongo, pero me voy. Debo irme.

ROSENDO (*A Uceda.*)—¿Ves? Ya te dije que se enfadaría. No has debido consentir esa ridiculez. (*A don Pascual.*) Pero a cenar vendrá usted... Sin usted se queda esta casa entregada al demonio. Yo sólo respiro tranquilo cuando le siento a usted a mi alrededor.

DOROTEA.—Y yo, don Pascual. Me parece que huyen los duendes cuando ven la sotana.

UCEDA.—Sí. A cenar vendrá, ¿no?

PASCUAL.—Vendré, si. (*Pausa.*) ¿A qué hora, aproximadamente?...

UCEDA.—¿Quedará esta casa sin

olor a azufre? A las nueve. Si a las nueve no terminó la pitonisa, se queda sin cenar.

PASCUAL (*Riéndose.*)—¡Cuánta chiquillada! Gracias a que Dios, en su bondad infinita, sabrá perdonarles a ustedes. Hasta después. (*Vase hacia la izquierda en el momento que entra Castillo.*)

ESCENA IV

TODOS y ANTONIO CASTILLO.

CASTILLO (*Entrando, y al ver a don Pascual.*)—Padre cura, ¿salía? No se vaya usted. ¿O es por mí? (*A Uceda.*) Perdona. Me he colado en tu casa como un duende. Buenas tardes, don Rosendo. Adiós, Dorotea. ¿Qué tal lleva usted los espantos?

UCEDA.—Mal. Como no la salves tú, se nos muere de pánico cualquier noche. ¿Y esos?

CASTILLO.—Detrás vienen. Aquiles se ha encontrado a un amigo en esta misma calle y se pusieron a charlar. Probablemente habrán dado en la taberna. El amigo quería disuadirlo y terqueaba porque no entrase aquí. (*A don Pascual.*) Hoy vamos a tener una sesión interesante de verdad. Quédese.

UCEDA.—Ya se lo dije yo. Pero tiene que hacer no se cuantas cosas.

CASTILLO (*A don Pascual.*)—¿Pretextos? Mire usted, Padre, que esto no riñe con la religión. Mi caso. Yo era antes un descreído. Y ahora... Quédese. (*Señalando a Uceda.*) Vamos a convertirlo. No cree en el más allá. Asegura que esta casa, por ejemplo, no se halla embrujada. Perdone

usted el léxico. Es un decir popular y zafio. A los ignorantes, como éste, hay que hablarles de una manera vistosa, para que entiendan. Quédese.

PASCUAL (*Saliendo y sonriendo.*)—No. Pocas cosas me asustan ya en la vida; pero no me debo quedar. Ustedes son muy dueños de hacer lo que quieran. Yo (*Mirando hacia sus hábitos sacerdotales.*) no estaría aquí en mi papel. Conque, Uceda, hasta después, ¿no? Luego me contarán ustedes. (*Salc.*)

ESCENA V

TODOS, menos DON PASCUAL.

CASTILLO (*Reparando en la estancia.*)—¡Admirable! Esto tiene la mejor catadura. (*Observando el retrato del caballero.*) ¿Esa estantigua? ¿Un pariente? (*Acercándose.*) No se enfade usted, señor hidalgo. Disculpe usarced si me entro en su casa de rondón... (*A don Rosendo.*) Me gusta para testigo ese retrato. Es muy sugeridor. ¿Será aquí la tenida?

UCEDA.—Donde tú elijas. O ellos.

CASTILLO.—Aquí. Debe contemplarnos el infanzón. Acaso quiera aportar algún detalle en esta requisitoria. (*Se sienta.*) ¡Ajaja!

UCEDA.—Vienes alegre de Madrid.

CASTILLO.—Yo siempre estoy alegre.

UCEDA.—El espiritismo.

CASTILLO.—Aunque te rías. El espiritismo me ha hecho dichoso.

UCEDA.—Sí. Tú eras un hombre melancólico. Antes fuiste, como yo, materialista, y escribías de cosas tristes.

Yo también era materialista, y lo sigo siendo. Y ya ves..., no sufro.

CASTILLO.—Es que posees una—perdóname — una animalidad orgánica fuerte. No has tenido en tu vida ninguna adversidad. El día en que tu constitución física se debilite volverás la vista al espíritu, y como no lo encontrarás, acaso pienses, como yo pensaba, en suicidarte. Nada tan horrible como ver al mundo poblado de seres corporales y perecederos, que están aquí por azar de un infinito ciego y estúpido. Es para enloquecer. Para enloquecer recordando el día cercano de la muerte, si no tenemos la idea del más allá.

UCEDA.—Yo pienso así, y soy dichoso, a mi manera. He aletargado al sentimental que llevamos dentro. Al neurótico, en definitiva. Vivo. Y no me meto en averiguar el por qué... Todas las teorías me parecen ilusorias y falaces, y, además, inútiles. Me encanta ser como una receta, como una droga, dos de oxígeno, tres de hidrógeno....

CASTILLO.—Mas en cuanto tengas el primer contratiempo, en cuanto sientas el frío de la desgracia que te acecha, buscarás tu alma, la querrás salvar, y desgraciado entonces si no la encuentras. ¿Verdad, don Rosendo?

ROSENDO.—Eso pienso yo. Pero no a la manera de usted.

CASTILLO.—¿A la de don Pascual? Conformes. Yo sería devoto si la religión, un poco hermética, me explicase los fenómenos que he experimentado; como sería científico, si la ciencia analizara las cosas que yo vi.

ROSENDO.—¿Y qué sucesos maravi-

llosos son los que no encuentra usted ni en la ciencia ni en la religión?

CASTILLO. — Este, por ejemplo. La fotografía de un espíritu. Yo la tengo.

DOROTEA (*Espantada.*)—¿Una fotografía? ¿Un retrato? Usted se chace, don Antonio.

CASTILLO. — Después de hablar con él durante cerca de tres horas, accedió a dejarse impresionar.

UCEDA. — ¡Qué espíritu vanidoso! Sería el de un político errabundo. ¿Y qué salió en la placa?

CASTILLO.—Una luz. Su luz. Estábamos a oscuras, y de pronto surgió, en un ángulo de la estancia, un brillo tenue, único, maravilloso.

ROSENDO.—Estaría usted loco, si vió eso.

CASTILLO.—Tan loco como ahora.

ROSENDO.—Hace falta quererle embromar a uno. Como eso de habiar con los espíritus. El velador, ¿no? ¿Sigue usted con sus quimeras?

CASTILLO. — El velador, el grotesco velador, el calumniado velador. Sí. El velador. Parece que Edison trata de inventar un aparato perfecto, algo así como un teléfono de ultratumba. Por ahora sólo el velador de tres patas nos sirve. ¡Oh! Ríanse ustedes. El velador es como la piragua en náutica, como el viejo globo en aviación. Por hoy no tenemos otra cosa para comunicarnos con los invisibles.

UCEDA (*A don Rosendo y llevándose un índice a la sien.*)—Está guillado. (*A Castillo.*) Pero ¿hablas en serio, o eres el primer ironista de Europa?

CASTILLO.—Es demasiado grave esto para tomarlo a risa.

ROSENDO (*Intrigado.*)—Bueno, va-

mos a ver: ¿cuáles son sus teorías?

CASTILLO. — Desgraciadamente, pocas y bastante inconsistentes. Si yo me ufanasé de saberlo todo, sería un mentecato. El espiritismo, en ultravida, se hizo poco. Estamos como ante Marte. La humanidad descubre, lenta. Entre la sensualidad, la vanidad, el dinero y la guerra, nos queda poco tiempo que dedicar a cosas tan altas.

UCEDA (*Curioso.*)—Y el caso es que resulta sugestivo este humorista. Dínos. ¿Qué dogma es el tuyo?

CASTILLO.—Creo en un Dios. En un Dios inmortal y eterno, principio y fin de todas las cosas. Creo en el mal, que fué algo así como un desdoblamiento suyo, y por eso me figuro a Luzbel en toda su grandeza y en todo su horror.

ROSENDO.—¿Y por qué ese desdoblamiento? ¿No es puro el Señor?

CASTILLO.—Su esencia, sí. Pero—y en esto me acerco al panteísmo, como antes coincido con la religión católica—, sus formas diversas, sus aspectos distintos, ya que Dios está en todas partes y todo es Dios mismo, necesita de una evolución milenaria en el camino de su perfeccionamiento. Y esto es lo que somos nosotros, es decir, nuestras almas, peregrinos que avanzan hacia un más allá. El término será la extinción del mal, la extinción de Luzbel, y el arribo a una felicidad tan angélica y tan alta, una felicidad tan augusta, que casi no la comprendemos. Y aquí vuelvo a ser católico.

UCEDA.—Según eso, nuestras almas vienen de allá, de otra vida, y van ade-

lante, adelante, en busca de su perfección.

CASTILLO.—Sí. Y he aquí por qué las almas son diferentes. Hay almas, como la de Aquiles, por ejemplo, torcidas, sombrías, bajo la fuerza de Satanás. Otras, como la sencilla y blanca alma de Dorotea, se acercan ya al paraíso. Las almas de los hombres muy inteligentes y muy buenos casi ven a Dios.

UCEDA.—No está mal el programa. Es optimista y simpático. Pero ¿cómo pruebas que todo eso no es un sueño?

CASTILLO. — ¡Probarlo! Eso no es una ecuación aritmética. Te repito que pertenece a un orbe de ideas por donde la humanidad materialista va remisa y torpe. Para mí, sin embargo, la prueba es plena y absoluta.

UCEDA.—El velador.

CASTILLO.—No digas tonterías. No te metas con el velador. Mira que un día lo hago andar solo ante ti, y te mueres de miedo.

DOROTEA.—No, por Dios, no haga eso.

UCEDA.—Sigue. Me interesas.

CASTILLO. — ¿Pruebas? He hablado con ellos, con los muertos. Y aquí, esta tarde, volveré a hablar. (*Pausa.*) Creo, pues, en la inmortalidad del alma. Y en su transmigración. La transmigración. ¿Cómo te explicas al niño de tres años que ejecuta al piano obras de Mozart?

UCEDA.—Y dices que tú has hablado con los muertos?

CASTILLO.—Muchas veces. (*Uceda se ríe.*)

DOROTEA.—¡ Con los muertos!

CASTILLO. — Yo vivo dos vidas de relación. Esta, vuestra, la del mundo visible, y la otra. Al principio me asomé a esto con desesperanza, creyendo que todo era histerismo. Pero cuando vi que ese velador tan risible se movía conscientemente, al influjo de una voluntad que lo presidía; cuando vi a ese velador suspenso en el aire, contra la ley de la gravedad; cuando escribí en idiomas por mí ignorados párrafos que alguien me dictaba; cuando me imbuí en las revistas extranjeras de espiritismo y vi que ya hombres abnegados y curiosos habían hecho de todo esto una ciencia; cuando llegué a la materialización...

ROSENDO.—¿A la materialización?

CASTILLO.—Sí. Una vez fui testigo de esto. Tres años después de su muerte se nos apareció, tomando el magnetismo de una medium, el padre de un amigo mío.

UCEDA (*Riéndose.*)—¿Lo viste tú?

CASTILLO.—Yo.

DOROTEA.—¿Y no se murió usted de miedo?

CASTILLO.—¿Por qué? El miedo es refractario a toda conversación con los invisibles. Además, ¿por qué? ¿Miedo a lo más bello y más inocente del mundo? ¿Miedo a lo desconocido? Eso es cosa de gentes atrasadas y de cerebros débiles. Yo, al contrario. Experimento una delicia infinita ante la presencia de mis amigos de ultratumba. Me siento acompañado, y veo mi atractivo y consolador futuro. Yo le pongo todas las noches en la mesa, a la hora de cenar, una rosa a mi madre. Y esa rosa, al moverse a su contacto o influencia, me dice que

ella, mi buena madre, está allí, que me protege y que ama.

UCEDA.—Tú desvarías. Y si no, dime: ¿Cómo, en relación con la otra vida, no tienes el absoluto conocimiento del más allá? ¿Dónde viven las almas? ¿En la tierra? ¿En otros planetas? ¿En el éter? ¿De qué materias están formadas? ¿Te han narrado sus vidas anteriores? ¿Cómo no reencarnaron aún? ¿Qué hacen, difusas, por el caos? ¿Cómo no adivinas tú, bajo su influjo, los hechos futuros, o al menos los coetáneos que suceden en otros países? En los negocios mismos, esas almas benéficas, podrían darte consejos saludables. Serías un bolsista magno.

CASTILLO. — ¡Buen chaparrón de preguntas! ¿Que dónde viven las almas y de qué están constituidas? ¡Oh, quién lo supiera! Yo lo único que sé es que viven. Miguel, somos todavía demasiado torpes. (*Pausa.*) Quise saberlo. Un espíritu afecto, que es solícito a todo llamamiento mío, y con el que he llegado a diálogos que te harían espeluznar, quiso explicarme el lugar donde moran las almas, cómo son. Pero únicamente logré entenderle que no lo entendería nunca.

UCEDA.—¡Locuras!

CASTILLO.—Me dijo, en su idioma telegráfico. “¿Cómo te explicaría yo esto? Es imposible. Sería como quererle explicar a un ciego la luz y el color. Lo que sí te digo es que, cuando tu alma se desprenda y venga entre nosotros, recibirá la más grata sorpresa y quedará como cegada de felicidad y de maravilla.” (*Pausa.*) Me preguntaste también si los espíritus po-

drían ayudarme en los negocios. Jamás responden a preguntas interesantes. Nunca, tampoco, se adelantan al porvenir.

UCEDA (*Enojado.*)—Mira, tú pretendes mofarte de nosotros. Esto ya es demasiado.

CASTILLO.—Poco tiempo te queda de incredulidad. Miguel, esta casa en que vives tiene fantasmas, se halla poblada de enigmas. Lo he visto comprobado al entrar aquí. Mi sensibilidad no me engaña. Cuando llegue la vidente has de ver cosas tan extraordinarias... (*Pausa.*) Pero ¡cómo tardan! Ese bárbaro de Aquiles se habrá metido con su amigo en la taberna. Estoy seguro. Y si se nos emborracha, ¡adiós ilusiones! ¡Bárbaro!

UCEDA.—¡Bonita manera de tratar a un m a e s t r o! Porque ese Caballero Aquiles debe ser un genio del espiritismo.

CASTILLO. — Ni espiritista siquiera. Toda su fuerza está en que tiene un gran magnetismo, en que fascina su mirada, en que su alma posee la más asombradora energía.

UCEDA.—¿Y ella?

CASTILLO. — Una pobre histérica. Una medio loca. Cuando se halla en estado normal carece de interés. No habla, parece idiota. En cambio, dormida por su sugestionador, ¡qué maravilla de mujer! Tiene elocuencia, es adivina, seduce, extasía como una sonata prodigiosa o como unos divinos versos.

ROSENDO.—¿Y quiere usted convencernos con un malvado y con una imbécil?

CASTILLO.—Carezco de otras armas.

El hipnotismo no es una finalidad, pero constituye un medio. Repito que nuestra ciencia sufre un gran atraso todavía. Una vidente no es sino el aparato telefónico más apto para comunicar con el misterio. Tan es así, tan poco pone la vidente de personal, que, generalmente, olvida, al despertarse, aquello que vió y que dijo mientras estuvo dormida. Así es Esperanza. (*Pausa.*) Pero ese ¡estúpido de Aquiles! Voy a buscarlo. (*Avanza hacia la izquierda y se detiene.*) Miguel, yo te digo que esta casa tiene un misterio, y que hoy quedará descifrado. Tenéis que prometerme sólo una cosa. Quietud. El miedo y la ironía son sentimientos repelentes; pero si procuráis evitar los actos de violencia, ellos, mis invisibles amigos, acudirán, y yo obtendré un gran triunfo, y tú acaso habrás salvado el placer de vivir y la alegría de esperar. Voy a ver, voy a ver. Aguardad un instante. (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA VI

TODOS, menos ANTONIO CASTILLO

UCEDA (*Se ríe, y con las manos escépticamente metidas en los bolsillos del pantalón, deambula por la estancia, silbando un aire frívolo.*)—Está loco, rematadamente loco.

DOROTEA.—No debiera usted permitirlo. Esto es una herejía.

ROSENDO.—Creo igual. Y, además, nos va a meter aquí a unos titiriteros. Mire usted que hablar con su madre, y con amigos difuntos, y creer en apariciones...

UCEDA.—Bien. Pero yo respondo a vuestra hostilidad—y conste que veo al pobre Antonio de remate—, ¿que perdemos con esto? Es muy curioso. Además dice cosas veraces. En el fondo, tal vez esto sea una ciencia en embrión. Yo, francamente, ardo en curiosidad.

ROSENDO.—Yo los pondría en la calle. Además, esta noche voy a tener un miedo de muerte.

UCEDA.—Esta noche no oye usted su violín. Oye usted una orquesta. Y tú, mi infeliz Dorotea. Esta noche la cena tendrá que hacerse sola.

DOROTEA.—Me aterra ir allá (*Mirando hacia la derecha.*) Estoy temblando. (*Se oye la voz de Castillo, que dice: "Por aquí, por aquí."*) Entra Esperanza, Castillo y el Caballero Aquiles. Ella pobremente vestida y tiene una palidez espectral. El Caballero Aquiles ostenta grandes y fanfarrones bigotes canos, y su indumentaria es el traje presuntuoso y teatral de un domador en la calle.)

ESCENA VII

TODOS y ESPERANZA, CASTILLO y el CABALLERO AQUILES

CASTILLO (*Entrando.*)—Les di caza. El Caballero Aquiles, rodeado de vecinos curiosos, y después de paladear el mosto de este pueblo, estaba dando una conferencia sobre hipnotismo en la vía pública. Pero vamos a la presentación. La señorita Esperanza. El Caballero Aquiles. Miguel Uceda, don Rosendo Villar, el ama... (*Esperanza*

baja la cabeza y hace una leve y tímida cortesía.)

AQUILES (*Presuntuoso y saludando bambalinescamente.*) — ¿No me recuerdan ustedes? Yo soy el Caballero Aquiles, ex domador de fieras, ahora hipnotizador. He actuado en los primeros teatros del mundo. Tuve dos leones, una pantera, un tigre. Yo metía mi cabeza en la boca del león y le pegaba. Esto no lo hizo ni Malleu. Malleu metía su cabeza entre las fauces de la leona, pero no la irritaba. Yo, sí.

UCEDA.—Ya nos ha contado Antonio su vida. Es muy interesante. (*Se sientan.*) ¿Por qué dejó usted sus leones?

AQUILES.—No por miedo, ¿eh? Aunque viejo, aún sería capaz... Fué la guerra. No había dónde ir. Se me murieron los bichos. Ahora (*Señalando a Esperanza.*) domo a ésta. (*Se levanta y la coge.*) Véanla ustedes. Mejor que una tigresa. Hace mi voluntad. Es como la esclava de mis deseos. ¿Verdad que sí, Esperanza?

ESPERANZA.—Sí.

AQUILES.—Hemos trabajado juntos en el Circo. Ella era acróbata entonces. Yo comprendí que la dominaba, porque al verme bajaba los ojos y temblaba de miedo. Yo había dominado ya antes a mucha gente. Una noche, en París, me salvé de tres apaches sugestionándoles. Así. (*Se yergue y mira a Uceda con fijesa hipnótica.*) Tengo en los ojos una luz especial. (*Vuelve a coger a Esperanza.*) Es mía. La única fierecilla que conservo. ¿Verdad que eres mía, Esperanza?

ESPERANZA.—Sí.

AQUILES.—No tiene voluntad. Si yo quisiera que matase, mataría. ¿Verdad que matarías, Esperanza?

ESPERANZA.—Sí.

AQUILES. — Sin dormirla siquiera. Un mandato mío basta. (*Recio.*) Esperanza, ve junto a esa mujer (*Señalando a Dorotea.*) y quítale los pendientes. Si se resiste, golpéala. (*Esperanza va hacia el ama de llaves. Esta huye.*) ¡Quieta! Esperanza. ¡Quieta! (*Esperanza se detiene.*) ¿Ven ustedes? Como un autómata. Es mía, ¡mía! Es la última fierecilla que conservo.

ROSENDO (*Aparte a Uceda.*)—Siento horror de este hombre.

AQUILES. — Me obedece con lealtad de perro. Tenemos hechas entre los dos cosas sorprendentes. De adivinación, sobre todo. Ella puede leer la carta que tengan ustedes dentro de la cartera y contar las monedas que guarden en el bolsillo. Y de espiritismo, no se hable. Por más que yo no creo en el espiritismo.

CASTILLO.—¿Qué es entonces la viencia de Esperanza?

AQUILES.—Y yo, ¿qué sé? Magnetización, sugestión. Los nervios que están sueltos y que hacen locuras.

UCEDA. — Usted, hipnotizador, ¿no cree en la espiritualidad del hipnotismo?

AQUILES.—El hipnotismo es en mí un hecho natural. Hipnotizo como hablo, como ando, por temperamento y sin darle importancia. Lo más extraño, cómo está dentro de mí, me parece lógico.

ESPERANZA (*Que se ha quedado mirando fijamente al caballero del re-*

trato, se alza y avanza hacia él. Todos siguen sus movimientos.)

CASTILLO (*En voz baja.*) — ¡Atención! Algo raro encuentra la vidente.

AQUILES (*Fijándose en ella.*) — Creo que empieza a dormir. A veces se duerme sin mandato mío, sólo al influjo de mi presencia, al oír mis palabras. ¿La despierto?

UCEDA. — ¿Para qué?

ESPERANZA (*Vacila, va hacia el jardín, lo mira y busca, titubeando, un asiento.*)

AQUILES. — Está como nunca. Algo raro le sucede a esta mujer. (*A Castillo.*) Podemos empezar.

CASTILLO. — Sí. Sí.

AQUILES. — ¡Esperanza!

ESPERANZA (*Ya sentada y con los ojos cerrados.*) — ¿Qué?

AQUILES. — Soy yo, ¡yo!, y te mando que veas lo que nadie, sino tú, puede ver.

ESPERANZA. — Ya veo... ¿Qué veo? Veo algo, sí. Algo muy raro, muy... (*La vidente está más lívida, más espectral que nunca estuvo.*)

CASTILLO (*A Uceda.*) — Se ha dormido sola. Es el ambiente sugestivo de esta casa. Son las sombras que están junto a ella. ¡Cuidado! Es como un teléfono espiritual, como el receptáculo sensible de algo prodigioso. Oid.

UCEDA (*Retrepándose en una butaca.*) — Bien. Empiezan las variedades.

AQUILES (*Paseándose nervioso, ante Esperanza.*) — ¡Habla!

CASTILLO (*A Aquiles en voz tenue.*) Que diga el origen de esta casa, por qué tiene espantos, que, invisibles, la pueblan.

AQUILES. — ¡Esperanza!

ESPERANZA. — ¿Qué?

AQUILES. — Dime. Te lo ordeno. ¿Hay algo extraordinario en esta casa? ¡Responde! Indaga, aunque sufras, aunque hagas un doloroso esfuerzo de voluntad. Es preciso. Dime. ¿Ves algo que no vemos nosotros? ¡Responde!

ESPERANZA. — Sí... Sí. Estoy en un salón. Veo cuadros, muchos cuadros, y retratos de señores antiguos. Veo un banco de roble con grandes clavos. Sobre el banco una tela de damasco rojo.

UCEDA (*A Don Rosendo.*) — Eso lo ve cualquiera sin dormirse. (*Señalando al banco que está debajo del retrato secular.*) Lo veo yo...

CASTILLO (*Le hace un ademán de acuciamiento al hipnotizador.*)

AQUILES. — ¿Qué más ves, Esperanza?

ESPERANZA. — Veo todavía borrosamente. Sufro. Me cuesta mucho trabajo. Sí. Veo ahora un caballero que viste ropas a la antigua. Se pasea agitado y maldice.

UCEDA (*A don Rosendo, que está a su vera.*) — ¡Cielos! ¡El comendador! (*Castillo le ruega silencio con un ademán.*)

ESPERANZA — Ahora estoy en una alcoba señorial. Ella está sentada en su lecho, de madera tallada. Hay un dosel blasonado. Ella, que es blanca y linda, llora con espantoso desconsuelo. Tiene sueltas las trenzas rubias. ¡Oh, como llora! ¡Qué modo tan espantoso de llorar! Da compasión. Yo también quiero llorar.

AQUILES. — Sigue, sigue...

UCEDA (*A don Rosendo.*)—Esto se pone melodramático.

ESPERANZA.—Ya veo más precisamente. ¡Qué bien veo! Las figuras se me aparecen con una precisión diáfana. Ella pretende incorporarse, y huír, como si quisiera socorrer... ¿A quién pretende socorrer? ¡Cómo sufro! Pero la criada, que es vieja, muy vieja, se lo impide, llena de horror.

UCEDA (*A don Rosendo.*) — ¿Dirá verdad esta mujer? Yo tengo miedo.

AQUILES.—Sigue, sigue.

ESPERANZA.—Ahora voy al jardín. Sí. El jardín de esta casa. Hace ya de esto muchos años, pero existen los dos grandes abetos, y el castaño de Indias. Y es el mismo. Estoy en el jardín. Es otoño. Hace frío. El caballero llega. Viene del salón y baja los escalones con aire sombrío. En el ángulo de la derecha oigo llorar a un niño. ¿Va tal vez a matarlo el caballero? ¡Cara de loco! ¡Cara de loco! Da horror ver esa cara espantosa. Y dan más horror los ayes del niño, que parece presentir su muerte.

DOROTEA.—Me siento mal. Esto me hace daño.

UCEDA. — ¡Calla tonta! Si es el cine.

ROSENDO.—A mí ya no me parece tan absurdo.

AQUILES. (*A Esperanza.*)—¡Sigue! ¡Te lo mando!

ESPERANZA (*Dando un grito espantoso.*)—¡Sí! ¡Lo ha matado! Lo ha degollado bárbaramente con su puñal. Veo correr la sangre inocente, la sangre roja a borbotones. El niño estaba en manos de un criado. Era

un niño de meses, bonito como el ángel guardián, rubio. Ahora lo veo todo con fijeza. (*Llevándose las manos al cráneo.*) Me golpean el cerebro. Sufro demasiado.

CASTILLO (*A Aquiles.*)—¡Que siga más! Más aún.

AQUILES.—¿Por qué ha matado al niño? ¡Responde!

ESPERANZA.—¡Oh, esto es muy difícil! ¡Ver las causas! Es horrible. Padezco mucho. Necesito hacer un esfuerzo sobrehumano. (*Pausa.*) Sí. Ese caballero estuvo en... ¿Dónde? Veo tierras inmensas, parecen infinitas. (*Don Rosendo se levanta agitado.*) Estuvo muy lejos. Al volver, su esposa había tenido un hijo. Veo mar, mucho mar. Ahora vuelven a pasar ante mis ojos cosas incoherentes. Va a estallar mi corazón.

AQUILES.—Un poco más aún. Lucha. ¡Te lo ordeno!

ESPERANZA.—El niño no era suyo. Por eso lo ha matado. El caballero ríe siniestramente. ¿Cree vengada su honra? (*Dorotea lloriquea y se enjuga los ojos.*)

UCEDA (*Se ríe.*)—Pero si es farsa, mujer. No seas infeliz.

ROSENDO.—No tanta farsa. El dueño de esta casa estuvo en América. Luego realizó un crimen. Esta mujer va por una pista segura. Estoy inquieto. Aquí hay algo, Miguel. Aquí existe una broma terrible de Castillo. ¿O es el mismo diablo quien dicta a esta mujer sus palabras?

CASTILLO (*Al Caballero Aquiles.*)—Un poco más aún.

ESPERANZA. — Estoy cansada, extenuada. Es un trabajo espantoso. (*Pau-*

sa.) El criado cavó rápidamente un hoyo y entierra al niño. El caballero guarda el puñal en su jubón. En la ropa quedan rastros de sangre. El caballero sube los ocho escalones y entra en el salón, en este mismo salón donde estamos.

DOROTEA. — ¿No sienten ustedes? Hay alguien en el jardín. Veo pasar sombras.

CASTILLO. — En el jardín hay gente. Parece poblarse de resonancias.

UCEDA (*Levántase azorado y todavía con una ironía velada.*) — Realmente esto va dándome bastante miedo. Son juegos peligrosos.

ROSENDO. — ¡La misma historia! Es inaudito. ¡La misma historia que yo acabo de leer!

AQUILES. — Esperanza, sigue, sigue aún. Aunque padezcas. Sigue.

ESPERANZA. — Estoy rendida. ¿Más? ¿Que vea más? (*Pausa.*) El puñal tiene veinte centímetros de largo. Es recio. La empuñadura parece de oro. En la hoja hay grabada una fecha: 1682. ¿Qué más?

AQUILES. — Otro detalle... Di todo lo que veas.

ROSENDO (*Al Caballero Aquiles.*) — ¡El nombre! ¿Cómo se llamaba el caballero?

AQUILES. — Un detalle nos falta. El nombre del asesino.

ESPERANZA. — ¡Si pudiera saberlo! El nombre. Su nombre. ¿Cómo?

CASTILLO (*A Uceda.*) — Sería prodigioso. Es un acto de videncia extraordinaria. ¡Si diese el nombre! ¡Oh, si diese el nombre!

AQUILES. — El nombre. ¿A ver el nombre? Aunque sufras. Pon en ten-

sión el alma toda. El nombre. Nos hace falta ese nombre.

ESPERANZA. — Sí. Un esfuerzo más. Juan... Sí... Juan... Dávila. Me asfixio, me muero. Imposible más. (*Se le dobla la cabeza y cae sobre la butaca, presa de un desmayo.*)

AQUILES. — ¡Pronto! Una cama. ¿Dónde hay una cama? Se puede morir. Y es mi tesoro, mi vida toda.

DOROTEA (*Señalando hacia la derecha.*) — Por ahí. (*Al Caballero Aquiles.*) Venga usted. (*Entre Dorotea y el Caballero Aquiles levantan a Esperanza, y entre ambos la ayudan a salir por su pie, lentamente.*)

ESCENA VIII

TODOS, menos ESPERANZA, DOROTEA y AQUILES

CASTILLO (*A Uceda.*) — Y ahora, ¿qué dices?

UCEDA. — Que si tú desconocías esa historia, no sé... Es absurdo. Temo sufrir un ataque de hipnotismo. No creo en ninguna de las imposturas que aquí han sucedido, pero tampoco las encuentro definibles. Hay en mi cerebro un tormento espiritual.

ROSENDO. — Usted conocía ese relato.

CASTILLO. — ¿Yo? ¿He pisado antes esta casa?

UCEDA. — Nunca.

CASTILLO. — ¿Quién sabía esa historia? ¿Quién me la pudo revelar?

ROSENDO. — Nadie.

CASTILLO. — Además (*Enojado.*), ¿soy un farsante? ¿Gano yo algo en complicidad sigilosa con los duen-

des? Y después (*A Uceda.*), ¿con qué objeto engañarte? ¿Te he pedido algo? ¿Dinero? ¿Qué? ¿Qué piensas? (*Pausa.*) ¿Qué? ¿Qué piensas? ¿Crees, o no crees? Explicame estas cosas de un modo científico, materialista, racionalista. ¿Callas?

ROSENDO.—No me las explico. (*A Castillo.*) No hace unas horas que descubrí parte de esa historia en unos anales manuscritos que encontré en el desván. Parece cosa de hechizo, en efecto: Esa mujer no pudo leer tal historia. Nadie la conocía. Estaba en un panel viejo y perdido. ¿Hasta el nombre!

UCEDA (*Riéndose.*)—¿Qué bobo soy! (*A don Rosendo.*) Esto ha sido simplemente un caso vulgar, de teatro. Usted, don Rosendo, le ha transmitido el pensamiento a la vidente, le ha ido contando mentalmente la historia que acaba de leer, y que había impresionado a usted tanto.

CASTILLO.—Pero sobre que eso de la transmisión del pensamiento no constituye ninguna vulgaridad, y es una de las cosas que más me aferran en el espiritismo, ¿ella se ha ceñido por entero a la anécdota que don Rosendo conocía? ¿Manifestó algo especial? Eso usted, don Rosendo, podrá decirlo.

ROSENDO.—¡Ca! Yo no sabía casi nada. Ella ha visto lo que yo desconocía. Eso es lo enorme, lo que me tiene estupefacto. Yo sabía que ese don Juan Dávila había hecho un largo viaje, y que a su regreso cometió no sé qué crimen. Ahí está la relación (*Mostrando el libro.*) Ella ha señalado, ha precisado. El muerto fué un

niño de meses. El niño ha sido enterrado ahí, en el jardín. El crimen se realizó con un puñal. ¿Sabía yo algo de eso? Mal he podido dictarle lo que ignoraba.

UCEDA.—Lo demás pudo inventarlo.

CASTILLO.—Es muy sencillo descubrir la verdad. (*Señalando hacia el jardín.*) En el jardín está enterrado, según ella, un niño de meses. Con ver si es cierto... Los siglos han pasado. Pero sus pobres vestigios quedarán. Sus huellas están ahí.

UCEDA.—Me da horror.

CASTILLO.—Temes averiguar que sí, que allí duermen sus pobres restos, fuera de tierra santa. Temes, ¿no? Ves zozobrar todas tus viejas teorías, y tiemblas. Vamos. ¿No presumías de valiente, de escéptico, de materialista? Cojamos unas luces y unos utensilios cualesquiera. Vayamos al ángulo aquel. Allí, bajo el castaño a que ella ha aludido, y si encontramos el resto de un niño, cuya alma sea tal vez la que por esta casa se escalofría y tiembla, ¿qué dirás? ¿Cómo podrás achacar a engaño todo esto? ¿Será casualidad tal vez? ¿Qué será, dime? No. A Esperanza no le ha dictado don Rosendo. No. Fueron ellos, ¡ellos mismos! Las almas atormentadas que yo he sentido cerca de mí, y que todavía nos oyen. (*Yendo hacia el jardín.*) ¡Ea, vamos allá! ¿Por qué vacilas? Ríete ahora, ¡ríete!

UCEDA.—Me da horror ir allá. (*A don Rosendo.*) Es preciso que nos vayamos de esta casa. Siento el espanto que se apodera de mí. (*Airado, y a don Rosendo.*) ¿No será una impostura? ¿Soy objeto de una broma te-

rrible? ¿Se han confabulado ustedes? (Pausa.) Desengañeme usted, don Rosendo. Estoy loco.

CASTILLO. — ¡Pobre Miguel! ¡Qué pronto caen las altivas torres del engreimiento materialista!

UCEDA (Como si hablara consigo mismo.)—Sin embargo, es absurdo. Esa mujer histérica... Ese hombre burdo y zafio...

CASTILLO.—¿Qué saben ellos? Ellos son el instrumento grosero, el vehículo. Ellos no son nada. ¿Qué es el ámbar? Y el ámbar hizo que se descubriese la electricidad. ¿Se sabe siquiera lo que es la electricidad? Un fluido. Y eso de transmitir su videncia a Esperanza, ¿qué es, sino un fluido, más delicado aún y más insólito, fluido que va de un alma errabunda y desolada a un alma encarnada y pre-dispuesta?

UCEDA.—Es horrible.

CASTILLO.—¿Horrible? Lo horrible es creer que no tenemos un alma, o que este alma es sólo el contacto de unos átomos perecederos. Es horrible ver a la humanidad sumirse en la nada absoluta. Sería horrible el mundo sin esto. Una caravana de vicios, de imbecilidades, de crímenes. Y todo sin principio ni fin. Yo no tengo ningún temor. Yo iría al jardín ahora con el corazón sereno, y me cercioraría. Después caería de rodillas ante Dios para rezar.

UCEDA (Reaccionando.)—¡No es posible!

CASTILLO. — ¿Que no es posible? Veámoslo. (Pausa.) Y si esa prueba te parece dura, triste, macabra, si tienes miedo... Ella habló de un puñal.

¿Se conservan aquí los muebles, los enseres de entonces?

ROSENDO.—Muchos. Esta casa pasó de los Dávila a los Uceda en el siglo XVIII, desde el bisabuelo. Y como su historia de brujas y espantos viene de lejos, se la ha venido dejando deshabitada y medio abandonada. Si ese puñal existió, acaso se le encuentre.

UCEDA.—Sería espantoso que existiera ese puñal. ¡Por eso tiemblo! (Riéndose.) Todo esto que me ocurre lo buscaré mañana en un libro de Medicina. Pero sí, sí. Estoy... magnetizado, sugestionado. Tiemblo. Los invisibles, como tú les llamas, también ejercen sobre mí su influencia. Hace un instante volví mis ojos hacia esa panoplia, y sin saber por qué... (Pausa.) Jamás me he acercado a ella. (Contando.) Tiene dos arcabuces, dos espadas, una pistola y tres puñales. Ahora me fijo. Ahora me interesan esas armas. Me interesan y me horrorizan.

ROSENDO. — ¿Te sientes mal? (A Castillo.) Esto son locuras. Dios va a castigarme.

UCEDA.—Y lo curioso es que Esperanza no miró siquiera a la panoplia. Ahí sí que no pudo haber transmisión de pensamiento ni embelecocos de cinematógrafo. Ella no entró jamás en esta casa. Ella no se ha fijado en la panoplia. Ella no pudo adivinar lo que nadie sabíamos. Y esa sería la demostración aterradora. Me ha contagiado vuestra sensibilidad; soy víctima de vuestra influencia. ¡Y es tremendo! ¡Tremendo, llegar a esta neurosis! Me vuelvo loco, loco.

CASTILLO (A don Rosendo.)—Aho-

ra lamento haber venido y haber provocado esta catástrofe moral. Yo creí a Miguel más frío, más fuerte.

UCEDA. — Ella describió el puñal. Veamos esos. Estoy ya frenético por saberlo todo. Si es truco, ¡lo urdisteis bien! (*Castillo va hasta la panoplia, descuelga un puñal y lo examina atentamente.*)

PASCUAL (*Entrando por la izquierda.*)—¿Acabó ya el aquelarre? ¿Se marcharon los histriones?

ESCENA IX

LOS MISMOS y DON PASCUAL

ROSENDO (*A don Pascual.*) — No. Están ahí. Ella se puso enferma. Ahora saldrán. Pero todo acabó, por fortuna.

PASCUAL (*A Castillo.*) — ¿Y qué? ¿Sabemos ya por qué hay aquí ruidos, espantos, ayes? (*Señalando a Uceda.*) ¿Y el escéptico? ¿Averiguó algo? ¿Se rió mucho?

UCEDA (*A don Pascual.*)—Don Pascual, usted es un creyente fervoroso. Usted tiene unas ideas hondas. ¿Verdad?

PASCUAL.—Sí.

UCEDA.—Bien. ¿Qué pensaría usted si alguien le probara que vivía usted engañado?

PASCUAL.—Es imposible.

UCEDA.—En usted, sí, tal vez. En mí, no. Eso acaba de sucederle a este pobre demente que tiene usted ante sus ojos. Yo no creía en nada. Y ahora, aunque sigue rechazándolo mi razón, se halla ante mí la prueba de que debo creer. ¿En qué? Lo ignoro.

Pero ¡si esta gente no hizo conmigo una farsa monstruosa, existe el más allá!

CASTILLO (*Pasando el puñal a las manos del sacerdote.*) ¿Ve usted un grabado en esa hoja?

PASCUAL (*Escrutando el puñal.*)—Sí. Una fecha.

CASTILLO.—¿Qué fecha?

PASCUAL.—Veo un uno, un seis, un ocho, un dos. 1.682. ¿Y qué? (*Bur-las.*) ¿Algún signo masónico? ¿Bru-erías? (*Devuelve el puñal a Castillo, quien lo vuelve a la panoplia.*)

UCEDA (*A don Pascual.*)—No lo sé. Necesito descansar, poner en orden mis ideas, salir de esta alucinación increíble. (*Pausa.*) Sé únicamente que yo me reía de las almas y de la otra vida. Y ahora me parece creer. Estoy confuso, anonadado.

PASCUAL (*A Castillo, con ademán de benévola amenaza.*) — ¿Lo ha hecho usted espiritista?

UCEDA. — ¡Qué sé yo! Siempre acompañó al hombre, desde las edades más primitivas, la idea religiosa. Siempre se creyó en los fantasmas. Y todo esto, ¿qué es, sino un mundo espiritual, ultraterreno, que todavía no hemos alcanzado a ver en su totalidad magnífica? Tiene razón Castillo. Acaso luego reaccione, pero ahora lo creo. Negar el espiritismo y reírse de él porque no llegó a su meta, es tan bárbaro como fueron los antiguos hombres ante el fenómeno eléctrico. Y lo que acaba de ocurrir aquí no tiene explicación dentro de la ciencia.

PASCUAL (*A Castillo.*)—¡Espiritista! ¿Lo hizo usted espiritista!

UCEDA (*A don Pascual.*)—Son el de usted y el nuestro dos caminos que conducen a idéntica finalidad. Tiene que haber un alma. Esto repugna a mi creencia, a mis teorías, pero hay un alma. Hoy me parece haberlo visto. Lo que aquí ha ocurrido es demasiado extraño. Aún estoy absorto. Ya se lo contaré despacio, cuando ponga en orden mis pensamientos. Se asombrará usted. Me comprenderá. Yo no soy un niño. Me reía de todo. Y ya ve usted...

PASCUAL.—Tiene que haber sido algo extraordinario.

UCEDA.—Increíble. Increíble; pero sí, lo reconozco, salvador. Existe un alma inmortal. Y si hay un alma inmortal, existe un Dios, que es la esencia y la creación, y el origen de todas esas almas (*Pausa.*) En esta casa... En el jardín hay mucho que hacer.

Yo no dormiré aquí ni una noche más. Me mataría el horror al misterio. Mañana (*Señalando al jardín.*) realizaremos algo así como un sondeo en lo indescifrable. Acaso esto sea una puerilidad. Yo no lo sé. Pero mi conciencia quedará tranquila. (*Asustado.*) ; Vámonos! ; Vámonos! Siento bullir en todo una vida indefinible, que me aterra. Creo que voy a volverme loco. (*Pausa.*) Y ahora, antes de salir, haga usted la señal de la cruz sobre esta casa, en la que no existe el sosiego, pero en la que yo he visto a Dios y a la otra vida.

(*Pascual hace una larga y lenta señal de la cruz, mientras por la derecha aparecen Dorotea, Esperanza y el Caballero Aquiles. Todos, bajo la bendición sacerdotal, caen de rodillas. El telón descende.*)

Luis Antón del Olmet.

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para la Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico: Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

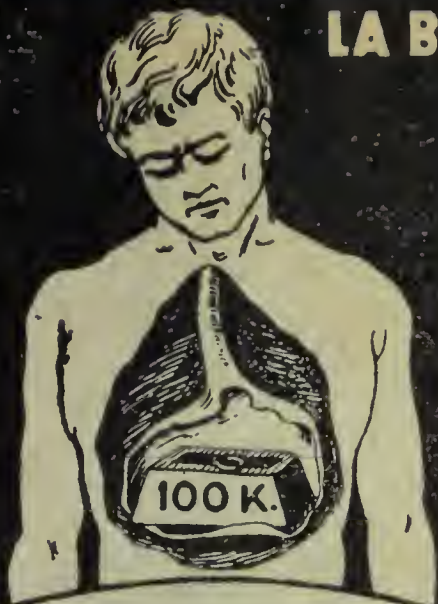
Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DÉBIDA
OPORTUNIDAD

LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD



V, TIENE UN PESO EN EL ESTÓMAGO

Sus digestiones son largas y dolorosas

V. siente mareos, vértigos, ardores

Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del

DIGESTIVO *gost* EN PEQUEÑOS SELLOS

ES EL REY

contra todas las enfermedades del estómago.

DIGESTIVO

gost

ASEGURA

UNA BUENA DIGESTIÓN

Y CURA TODAS LAS

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

EN CAJAS DE { Un sello 0,30
12 sellos 3,00

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID

Los Muchachos

Están preparando

GRANDES CONCURSOS

y muchas novedades.

Compradlos todos los
domingos

NÚMERO:

20 CÉNTIMOS

PECHOS

PREVENCIÓN DE LA ENFERMEDAD, MEDICAMENTO DE DOS TIPOS CON

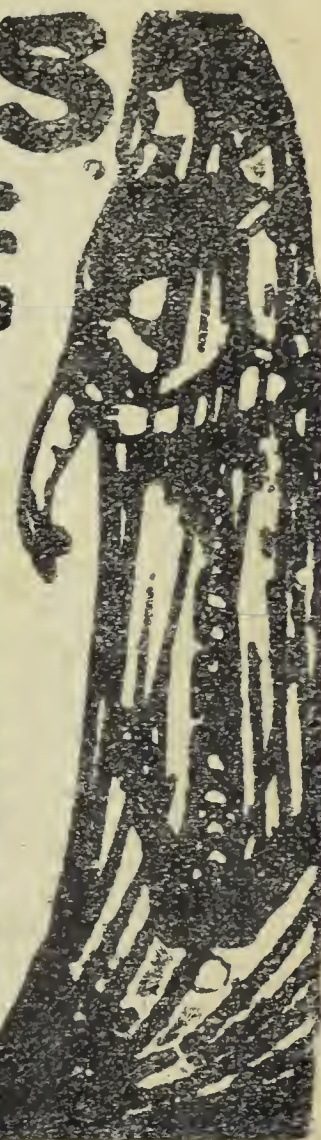
ALBURNOS CIRCADIARIOS

ALBURNOS CIRCADIARIOS

Doctor Brun. Intensivas. Aprobado por
comisiones médicas. 20 años de éxito
mundial es el mejor reclamo 6 pesetas
franco. MADRID, Gayosa, R. Durán, Pó-
ses Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALEN-
CIA, Costa; GRANADA, Ocaña; SAN
SEBASTIAN, Ternero; MURCIA Solquer;
VIGO, Jódoba; MALLORCA, Centro far-
macéutico; ALICANTE, Amor; CORUÑA,
Rey; SANTANDER, Soterrío; SEVILLA,
Baptar; VALLADOLID, Liza; BILBAO,
Barandiarán; HABANA, Sarrá; TRIN-
IDAD, Barrio; PANAMA, «Farmacia Cen-
tral»; GUAYMAS, «Cosmopolita»;
SARACAS, Dabala; QUITO, Ortiz; MA-
NAGUA, Guerrero; BARRANQUILLA,
Acosta-Medina. Mandando 670 pesetas
cables a Farmacéutica, Marqués Duque, 21,
Avenida del CARCELANO, remite
recomendadamente certificado. - contra gres-
to para correspondencia con esta.

RECOMENDACIÓN DE ENTOMOLOGOS

RECOMENDACIÓN DE ENTOMOLOGOS





3 0112 117467123

NEUTRÁCIDO ESPAÑOL

VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

Remedio seriamente científico y *único en el mundo*, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene* los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAÍNA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. *No produce* estreñimiento y lo *suprime* totalmente. *Cura*, así, el *exceso* como la *falta* de ácidos. *No obliga* al régimen lácteo y permite en breve plazo *comer de todo*, con digestión perfecta. *No tiene* sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.

Frasco: 6 pesetas

También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas

GARANTÍAS
MÉDICAS

El docto profesor de la Facultad de Medicina de Cádiz y eminente médico, Doctor Enrique Rounclet, dice

Hace varios años que vengo utilizando el producto «Neutrácido Español» en mi clínica particular, habiendo obtenido en su empleo éxitos maravillosos, en el tratamiento de los enfermos afectos de Hiperclorhidria, enfermedad de Reichmann, úlcera de estómago y duodeno, dilatación de estómago y atonosis pilórica. Considero pues al «Neutrácido Español» como un medicamento originalísimo, inofensivo, serio y digno de ser ensayado en las afecciones citadas.»

Solicite Vd. del concesionario exclusivo

D. José Marín Galán Arjona 4 — Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.